

ISLAM POLÍTICO: DE LA RADICALIDAD A LA MODERACIÓN

Ferran Izquierdo Brichs

El islam político en un contexto en evolución¹

La Primavera Árabe, y el largo camino de cambios que ha abierto, ha situado nuevamente al islam político en el centro de la política del mundo árabe. En algunos casos como en Marruecos por haber llegado al gobierno, aunque aceptando jugar según las reglas del régimen. En otros casos, como en Egipto, por haber perdido ante otros actores más fuertes en la lucha por dar forma al nuevo sistema. En Túnez, ha sido su pragmatismo y la capacidad de negociar lo que ha permitido encarrilar la transición hacia un sistema democrático, aunque todavía hay muchos interrogantes abiertos. En Siria, en cambio, la lucha armada ha dado voz a grupos yihadistas que han encontrado un campo abonado en la guerra civil iniciada por el régimen de al-Asad. Estas derivas son producto de la coyuntura en cada país, pero también de la evolución que ha sufrido el islam político desde los años ochenta. Por ello, para analizar al islamismo en la actualidad, es necesario tener en cuenta esta evolución, así como su relación con los regímenes y con las distintas fuerzas que actúan en los sistemas, incluyendo a los movimientos sociales.

En este artículo, intentaremos dar algunas claves para comprender esta evolución y la coyuntura actual a la que se enfrentan los «grupos islamistas».

Ante todo, es necesario recordar que las transiciones políticas son procesos largos en los que los distintos actores políticos, económicos y sociales intentan adecuar el nuevo sistema a sus necesidades para ganar poder. Los revolucionarios tunecinos, egipcios y yemeníes se están enfrentando en la actualidad a unas élites que quieren construir un sistema político muy alejado de las aspiraciones de los jóvenes que protestaron en las plazas. El modelo social, económico y político que quieren imponer estas élites, no solo las islamistas, es retrógrado, en algunos aspectos como el trato a la mujer incluso peor que bajo la dictadura caída. Los derechos y libertades por los que están luchando son distintos, y esto se expresa en primer lugar en el debate constitucional y, después, en la práctica cotidiana desde el gobierno.

Aunque los partidos islamistas mayoritarios aceptan y reivindican un sistema político democrático, en algunos aspectos su democracia tiene muy poco que ver con la nueva sociedad que quieren construir los jóvenes. Cualquier partido que basa su ideario y su acción política en las creencias religiosas o nacionalistas es inevitablemente excluyente hacia algunos sectores de la sociedad, lo que obligadamente tiene que generar fuertes resistencias y rechazos. En muchas ocasiones, si el ideario de estos partidos gana fuerza, la política se

¹ Este artículo se ha realizado en el marco de los proyectos *Revoluciones populares del Mediterráneo a Asia Central: genealogía histórica, fracturas de poder y factores identitarios*, Ministerio de Economía y Competitividad (HAR2012-34053); y *Spring Arab: Social Movements and Mobilisation Typologies in the Arab Spring*, Unión Europea (Funding Scheme Marie Curie Actions - International Research Staff Exchange Scheme, Referencia: FP7-PEOPLE-2012-IRSES, Marie Curie Project number 318982).

polariza y la sociedad se divide. Sin embargo, esto no descalifica a los islamistas para participar en un sistema democrático, de la misma forma que no descalifica a muchos otros partidos nacionalistas o conservadores cristianos en las democracias europeas.

Este problema se ve agravado en países que están en momentos de transición política, pues las tensiones son mucho más duras porque todos los actores políticos y sociales se están posicionando en el nuevo sistema, y están intentando que el diseño del nuevo sistema político, constitucional y electoral se adecue a sus necesidades mejor que a las de los demás. En estas luchas por ocupar espacios de poder y por estructurar el sistema no participan tan solo los partidos políticos, sino todos los actores que tienen recursos de poder suficientes para influir. Así, el papel de los militares, del gran capital, de las élites religiosas o de la judicatura puede ser también muy importante e incide en la transición y en el diseño del futuro sistema político. Esto, a su vez, se refleja en las tensiones políticas y genera todavía mayor inestabilidad.

Por fortuna, también es importante el papel de la población movilizadora para mejorar su condición de vida, tanto en términos materiales como en derechos y libertades. Contrariamente a lo que los medios de comunicación acostumbran a divulgar, es la población movilizada la que asienta la transición en su camino a la democracia, mientras que las élites políticas, económicas e ideológicas en su lucha por el poder generan la inestabilidad que amenaza la transición. Las transiciones políticas en los países del sur de Europa son una muestra de estas tensiones. La transición española necesitó más de un decenio para hacer caer la dictadura y estabilizar la democracia,² y durante estos años todas las élites participaron en las luchas por asentarse en el poder político, social y económico. En el caso de los países árabes, todavía sin saber hacia dónde conducirá el proceso, la fuerza de los partidos islamistas es un factor añadido a tener muy en cuenta.

Vemos, pues, que el islam político ha vuelto al primer plano de la política árabe e internacional, lo que obliga a realizar nuevos análisis, pues el islamismo ha evolucionado desde los años ochenta y noventa. La revolución en Irán a finales de los setenta y la victoria electoral del Frente Islámico de Salvación en Argelia a finales de los ochenta marcaron dos momentos álgidos de la movilización popular e ideológica por parte de los grupos islamistas. Seguidamente, la guerra civil argelina y la violencia terrorista dejaron su huella en los años noventa. La percepción del islamismo en la actualidad continúa asociada en muchos casos a las dinámicas de finales del siglo pasado o al yihadismo de unos pocos grupos fundamentalistas, sin tener en cuenta que los grupos islamistas mayoritarios han sufrido una gran evolución y que el contexto en el que se mueven también es muy distinto. Como veremos, más que por el yihadismo o la radicalidad ideológica del siglo pasado, el islam político actual está mucho mejor representado por la mode-

2 Desde finales de los años sesenta cuando se inician las grandes movilizaciones contra el franquismo, hasta principios de los ochenta cuando fracasa el intento de golpe militar y los herederos de Franco pierden las elecciones.

ración —tanto ideológica como en la actividad política— del Partido de la Justicia y el Desarrollo turco (AKP, por sus siglas en turco),³ los Hermanos Musulmanes egipcios, el Partido de la Justicia y el Desarrollo marroquí (PJD), al-Nahdah en Túnez y de la mayoría de los partidos o grupos grandes.

Por otra parte, la moderación de los grupos mayoritarios deja libre un espacio que otros intentan ocupar. Así, ideológicamente y en lo que se refiere a cuestiones como el derecho de familia, costumbres y debate teológico, los salafíes han ido ganando presencia y se han convertido en un competidor importante para grupos como los Hermanos Musulmanes. En el discurso político, la sustitución del lema «El islam es la solución» y de la lucha por la imposición del Estado islámico, por el de «La libertad es la solución y la justicia es la aplicación»,⁴ permite que grupos y voces más radicales continúen reclamando el Estado islámico y el gobierno de la *sharia*. Y en lo que se refiere a la acción política, el abandono de la lucha armada y la aceptación de la vía parlamentaria también favorece la aparición de grupúsculos yihadistas, en ocasiones en contacto con algunas tendencias salafíes que han optado por la acción política. Sin embargo, no se debe olvidar que en general estos grupos políticos más radicales en el discurso y en la acción son minoritarios.

Moderación y pragmatismo

A mediados de los años ochenta, en su análisis del islamismo, Bruno Étienne señalaba que, volviendo a las raíces ortodoxas, la idea de *unidad* (*tawhid*) era uno de los elementos básicos del pensamiento islamista. Según esta interpretación, la unidad de la comunidad musulmana conlleva la idea de solidaridad social en todos sus ámbitos, y esta unidad social implica la unidad territorial a través de la unidad política en un solo Estado islámico.⁵ Sin embargo, este objetivo político revolucionario y totalmente enfrentado a los regímenes en el poder, en los movimientos mayoritarios, ha dejado paso o al nacionalismo islámico como en el caso de Hamás o a aceptar los sistemas estatales.⁶ Por otra parte, a pesar del éxito en la reislamización de la sociedad, al aceptar la convivencia con los regímenes o la participación en la política desde dentro del sistema, en la actualidad el islamismo ha perdido no solo el objetivo de la unificación, sino también el objetivo del Estado islámico.⁷

3 El caso del islamismo turco es seguramente paradigmático en este sentido. Véase Ferrán Izquierdo Brichs y Guillem Farrés Fernández (2008). «La competición por el poder entre el islam político y los militares en Turquía: del conflicto a la estabilidad», *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*, 5; y Francisco Veiga y Marién Durán (2013). La era del AKP: una aproximación al islamismo contemporáneo, en Ferrán Izquierdo Brichs (ed.). *El islam político en el Mediterráneo. Radiografía de una evolución*. Barcelona: CIDOB/Bellaterra.

4 Ikhwanweb, «FJP Abandons the Motto "Islam Is the Solution"», 20 de mayo de 2011, <<http://www.ikhwanweb.com/article.php?id=28604>> [Consultado el 3 de mayo de 2014].

5 Bruno Étienne (1987). *L'islamisme radical*. París: Hachette, p. 73.

6 Véase Javier Travín (2007). «La división de los palestinos: nacionalismo laico versus nacionalismo islamista», *Revista Cidob d'Afers Internacionals*, 76; y Fernando Navarro y Javier Travín (2013). Entre el pragmatismo y el celo ideológico: el camino del islam político palestino, en Ferrán Izquierdo Brichs (ed.). *El islam político en el Mediterráneo. Radiografía de una evolución. Op. Cit.*

7 Véase Olivier Roy (1999). «Le post-islamisme», *Revue du Monde Musulman et de la Méditerranée*, 85-86 (1).

La radicalidad y la fuerza del islam político en los años ochenta y primeros noventa era producto de la debilidad de los regímenes sometidos a las tensiones provocadas por la crisis económica, las imposiciones del Fondo Monetario Internacional y las protestas populares. Pero la situación en el nuevo siglo es muy distinta. Desde entonces se vivieron cuatro dinámicas que obligaron a los grupos islamistas a escoger entre adoptar posiciones más pragmáticas o la marginación minoritaria.

La primera de estas dinámicas fue la represión de los regímenes. La segunda dinámica, la guerra civil argelina, fue consecuencia de la primera. La burocratización de los regímenes llegó al extremo argelino, donde se vio que las élites en el poder estaban dispuestas incluso a llevar al país a la guerra civil, y la población pronto se fue alejando de toda iniciativa que pudiera conducir nuevamente a la represión y a la guerra.

La tercera dinámica fue el fin de la crisis económica y la recuperación de los mecanismos rentistas.⁸ Los grupos islamistas se habían colocado en la vanguardia del descontento provocado por la crisis económica de los años ochenta y noventa. En muchos casos lideraron las «revueltas del pan». Sin embargo, la recuperación de los precios de la energía y de las ayudas exteriores alimentó nuevamente el clientelismo, favorecido por las rentas del petróleo, y la gente se desmovilizó. De esta forma, los grupos islamistas perdieron su principal recurso de poder, el apoyo mayoritario de la población.

La cuarta dinámica es seguramente la que tiene consecuencias más estructurales, y está relacionada con los cambios en las bases de apoyo de los movimientos islamistas. La desmovilización de los sectores populares coincidió en muchos casos con el crecimiento de sectores de la pequeña y mediana burguesía a consecuencia de las políticas de privatización. En la mayoría de regímenes rentistas y autoritarios árabes, las políticas de liberalización económica fueron aprovechadas por las élites para apropiarse directamente de los recursos, pero también permitieron una ligera ampliación de las clases medias y la penetración del capital financiero islámico, procedente sobre todo de la Península Arábiga y el Golfo.⁹ Estas capas burguesas y profesionales que no forman parte de las élites de los regímenes pasaron a apoyar a la oposición conservadora islamista.¹⁰ Son una importante fuente de ayudas para asociaciones y ONG benéficas islámicas, y para mezquitas e incluso grupos islamistas, con lo que consiguen aproximar a

8 Sobre la configuración de los regímenes de poder en el mundo árabe, véase Ferrán Izquierdo Brichs (ed.) (2009). *Poder y regímenes en el mundo árabe contemporáneo*. Barcelona: CIDOB/Bellaterra.

9 Sobre el impacto de este proceso en Egipto véase Joel Beinin (2004). *Political Islam and the New Global Economy: The Political Economy of Islamist Social Movements in Egypt and Turkey*, artículo presentado en el French and US Approaches to Understanding Islam, 12-14 de septiembre de 2004. Stanford: Stanford Center for Interdisciplinary Studies.

10 Véase por ejemplo Athina Lampridi-Kemou (2011). «Los Hermanos Musulmanes: ¿Una fuerza centrífuga o centrípeta?», *Revista Cidob d'Afers Internacionals*, 93-94; y Jorge Fuentelsaz Franganillo (2010). *La imposible adaptación de los Hermanos Musulmanes al sistema egipcio: su relación con el régimen durante el mandato de Muhammad Mahdi 'Akif (enero de 2004-enero de 2010)* [tesis doctoral]. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid. Este último autor menciona la caída de la Bolsa egipcia tras la detención de algunos empresarios cercanos a los Hermanos Musulmanes.

sus intereses tanto a buena parte del *establishment* religioso, como a grupos islamistas importantes.¹¹

Estos sectores exigieron a los grupos islamistas a los que apoyaban que se relacionaran con los regímenes de una forma más pragmática, pues lo que querían no era una revolución, sino ganar espacios para influir en las políticas del Estado o para poder aprovechar también sus rentas. Tanto la agenda como la forma de actuar de los grupos se modifican y evolucionan hacia el reformismo y la negociación sin cuestionar el poder de las élites primarias de los regímenes, para ganar un poco de espacio en el seno del sistema. De esta forma, la negociación con los regímenes conduce a los grupos islamistas y sus dirigentes a la cooptación y a una posición secundaria dentro del sistema, pues su acceso al poder depende de su relación con las élites del régimen. En ocasiones también se produce una división en el islamismo, con grupos más propensos a la cooptación y otros más partidarios de la movilización. Así, en algunas de las revueltas de los últimos años, los grupos islamistas mayoritarios son muy reticentes a apoyar las movilizaciones e incluso las obstaculizan en más de una ocasión. Como máximo, pueden reivindicar la democratización del sistema, pues, tras los fracasos en su lucha por el poder en los años ochenta y noventa, muchos de ellos llegaron a la conclusión de que la democracia liberal es el camino para acceder al poder.

Todas estas dinámicas condujeron a los movimientos islamistas mayoritarios a adoptar propuestas ideológicas, programáticas y activistas menos radicales y más pragmáticas, y a aceptar la negociación con los regímenes. Así, la mayoría de los grupos fueron pasando de la resistencia y la voluntad de transformación de los sistemas de poder a la oposición más o menos leal a los regímenes y como máximo a objetivos de reforma.¹² Este giro es muy visible en los Hermanos Musulmanes, con la renuncia al establecimiento de un Estado islámico, el rechazo a la violencia y el diálogo con el resto de fuerzas opositoras y con los regímenes.¹³ Sufre un proceso de pérdida de pureza ideológica a medida que se acerca a la competición por el poder, lo que abre la puerta a las críticas de los fundamentalistas.

11 Como nos recuerda Haenni (Patrick Haenni [1999]. «Ils n'en ont pas fini avec l'Orient: de quelques islamisations non islamistes», *Revue du Monde Musulman et de la Méditerranée*, 85-86 (1), pp. 140-141), esta vertiente caritativa de la burguesía islámica es totalmente acorde con la coyuntura contemporánea neoliberal, de retirada del Estado y su sustitución por la caridad de los empresarios, que, al igual que en Occidente, en ocasiones incluso la transforman en actos promocionales y publicitarios.

12 Véase, por ejemplo, el caso del PJD en Marruecos: Laura Feliu y María Angustias Parejo (2012). Morocco: The Reinvention of a Totalitarian System, en Ferrán Izquierdo Brichs (ed.). *Political Regimes in the Arab World*. Londres/Nueva York: Routledge; Thierry Desrués y Miguel Hernando de Larramendi (eds.) (2011). *Mohamed VI. Política y cambio social en Marruecos*. Córdoba: Almuzara; y Juan Antonio Macías-Amoretti (2013). El islam político en Marruecos: la ética islámica como recurso de poder político, en Ferrán Izquierdo Brichs (ed.). *El islam político en el Mediterráneo. Radiografía de una evolución. Op. Cit.*

13 Véase Jorge Fuentelsaz Franganillo (2010). *La imposible adaptación de los Hermanos Musulmanes al sistema egipcio: su relación con el régimen durante el mandato de Muhammad Mahdi 'Akif (enero de 2004-enero de 2010)* [tesis doctoral]. *Op. Cit.*; Athina Lampridi-Kemou (2011). «Los Hermanos Musulmanes: ¿Una fuerza centrífuga o centrípeta?». *Op. Cit.*; Athina Lampridi-Kemou (2013). Las fuerzas islamistas en el Egipto contemporáneo: el fin de las dualidades convencionales, en Ferrán Izquierdo Brichs (ed.). *El islam político en el Mediterráneo. Radiografía de una evolución. Op. Cit.*; Ignacio Álvarez Ossorio (2011). «Las paradojas del islam político en Siria», *Revista Cidob d'Afers Internacionals*, 93-94.

El objetivo de la construcción de un Estado islámico basado en el gobierno de la *sharia* ha dejado paso a la estrategia de la islamización de algunas leyes y de la sociedad. La *umma* ya no es la solución política, aunque sí social, identitaria y cultural. Nos encontramos pues ante un doble proceso, por una parte de nacionalización del discurso político y, por otra parte, en el discurso religioso, moral y cultural vemos una tendencia contraria de globalización y pérdida de las referencias autóctonas.

El regreso a la religión se está produciendo en muchas ocasiones en su versión más rigorista como el salafismo, en muchos casos wahhabí, o en otras ocasiones con una vuelta al islam popular, e impregna cada vez más ámbitos del espacio público. En este sentido, los islamistas han ganado una batalla al llevar el debate ideológico a su terreno, pero no ha sido suficiente para modificar la relación de fuerzas respecto al poder. Han sido necesarias las revueltas populares, la mayoría de ellas alejadas del islam político, para que algunos regímenes se debiliten o incluso caigan. Cuando la rabia popular estalló, al frente no estaban los islamistas sino unos jóvenes que en muchos casos tenían un ideario muy distinto.

Islamismo y revueltas

Los problemas y valores que movilizaron a los jóvenes reunidos en las plazas no coincidieron con las reivindicaciones históricas de los grupos islamistas. Excepto la protesta por la corrupción que había sido una reivindicación también islamista, las revueltas tenían dos dimensiones alejadas del islam político. Por una parte, fueron herederas de protestas laborales y de la demanda de trabajo; por otra parte, se centraron en la exigencia de derechos y libertades, y de democracia. Algunas de estas demandas pueden ser aceptadas por los islamistas, pero no forman parte de su ideario. Los derechos y libertades, incluidos los laborales, reivindicados por las revueltas suelen estar alejados de estos grupos que, en muchos casos, los quieren limitar. De aquí, como ejemplo destacado, los choques que hubo durante y después de las revueltas ante el trato a las mujeres.¹⁴ Hubo coincidencia en el objetivo de hacer caer a los dictadores y en la reivindicación democrática, pero en este caso la interpretación islamista acostumbra a ser mucho más conservadora y, como ocurre con otros partidos de la derecha, muy limitada a la demanda de un sistema político basado en elecciones y con poca participación de la población.

Así, a diferencia de otras oleadas de protestas a finales de los ochenta y principios de los noventa, en esta ocasión el centro de las redes y de la difusión de las problemáticas no fueron las mezquitas, sino otros espacios «laicos» como las plazas, las regiones industrializadas o mineras, y las redes sociales de internet. La participación en el movimiento de militantes sindicalistas de base, diplomados parados, abogados, mujeres, jóvenes que se encontraban en las redes

14 Véase Ewa K. Strzelecka (2012). «Mujeres en la revolución yemení de 2011», *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*, 13.

de internet...¹⁵ marcó un perfil muy distinto de las protestas anteriores lideradas por los islamistas.¹⁶

Sin embargo, en una transición a un régimen representativo y electoral, más o menos democrático, los recursos de poder importantes son los que sirven para controlar o manipular a la población para que esta ceda su poder o para utilizar las movilizaciones en su favor en competencia con otras élites. Las élites que compiten por el poder, en cualquiera de sus formas, usan el control sobre las instituciones del Estado, la acumulación de capital, los medios de comunicación de masas, los partidos, la difusión de ideologías políticas y religiosas, y la capacidad de coaccionar y reprimir con el ejército, la policía y las milicias. En el largo camino de recomposición del régimen político, los movimientos sociales tienen poca capacidad de competir, pues no tienen acceso a estos recursos y su función es la contraria: que la población sea un actor y no un recurso en manos de las élites. Así, en las posrevueltas árabes, allí donde han caído los viejos regímenes, los islamistas y los militares son los mejor situados en la competición, pues son los que tienen más capacidad para controlar más recursos de poder.

Los islamistas están mejor organizados que los otros grupos políticos, con mayor presencia sobre el territorio, una gran influencia ideológica sobre la población, mecanismos clientelares, más dinero y, en algunos casos, controlan medios de comunicación, y si ganan elecciones acceden al control de parte del Estado. Por esta razón, los islamistas necesitan un sistema de democracia representativa electoral para poder competir. Los militares, por el contrario, al basar su poder en la capacidad de coacción, tienen interés en limitar la capacidad de competir de las élites políticas, por lo que intentarán debilitar la construcción de un sistema democrático y los poderes del parlamento y el gobierno. Las tensiones en Egipto y Túnez tras las revueltas son un claro reflejo de esta dinámica.¹⁷

Regímenes, revueltas e islamismo

La suerte de las movilizaciones sociales, e incluso de las revoluciones, está directamente ligada a la fortaleza de las élites a las que se enfrentan. La movilización social es siempre una relación de poder y como tal está influenciada por todos los actores que participan en ella. Y, como en toda relación social, son los actores con mayor poder los que más influyen en su dinámica. Para triunfar, un

15 Véase Thierry Desrués (2012). «Moroccan Youth and the Forming of a New Generation: Social Change, Collective Action and Political Activism», *Mediterranean Politics*, 17 (1); Awatef Ketiti (2013). La sociedad civil en Túnez después de la caída de Ben Ali, en *Encuentro Civil Euromed* (ed.). *Sociedad civil y transiciones en el norte de África*. Barcelona: Icaria; Ignacio Álvarez Ossorio (2013). La sociedad civil egipcia tras la Primavera Árabe, en *Encuentro Civil Euromed* (ed.). *Sociedad civil y transiciones en el norte de África*. Op. Cit. Sobre los antecedentes de la movilización que estalló en la Primavera Árabe, véase Joel Beinin y Frédéric Vairel (eds.) (2011). *Social Movements, Mobilization, and Contestation in the Middle East and North Africa*. Stanford: Stanford University Press.

16 Sobre el papel del islamismo en las revueltas árabes, véase el número 15 de la *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*, <<http://www.talleriteim.com/reim/index.php/reim/issue/view/6>> [Consultado el 3 de mayo de 2014].

17 Véase Miguel Hernando de Larramendi (2013). El islamismo político y el ejercicio del poder tras el despertar árabe: los casos de Egipto, Túnez y Marruecos, en *Instituto Español de Estudios Estratégicos* (ed.). *Islamismos en (r)evolución: movilización social y cambio político*. Madrid: Cuadernos de Estrategia, 163; y Guadalupe Martínez (2013). «Ennahdha ante el cambio político en Túnez: 2011-2013», *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*, 15.

movimiento social debe debilitar a las élites que dominan el régimen de poder y, si estas están en una situación ya débil, la movilización tendrá más posibilidades de llegar a buen puerto. Por esta razón, la configuración de la élite —su concentración y su unidad o división— será factor clave para analizar el comportamiento de los regímenes de poder, de los grupos opositores y de los movimientos sociales.

El éxito de la movilización o la fortaleza del régimen también estarán ligados a las influencias del exterior. Las revueltas árabes fueron un claro ejemplo de la influencia del contexto. En un pasado reciente, en los años noventa, los regímenes árabes ya se habían visto muy influenciados por las dinámicas externas. A finales de los años ochenta y principios de los años noventa, al coincidir las revueltas del pan con el fin de la Guerra Fría, aumentaron las presiones sobre los regímenes dictatoriales para un mayor respeto de los derechos humanos. Los gobiernos se vieron obligados en muchos casos a hacer cambios, llegándose a hablar incluso de una nueva ola democratizadora. Sin embargo, muchos de estos cambios fueron cosméticos y el miedo occidental al islamismo, acompañado de los atentados del 11 de septiembre y la proclama de la Administración Bush de la «guerra contra el terrorismo», no solo anularon estas presiones sino que aumentaron los apoyos occidentales a las políticas más represivas y autoritarias de los regímenes.

En el caso de las recientes revueltas, desde su origen en Túnez, la influencia del contexto exterior también fue evidente, pues fue el estallido de una sociedad sometida a las tensiones de la globalización del capitalismo, al tiempo que observadora lejana de transformaciones democráticas en otras regiones. Estas tensiones fueron manifiestas en todas las movilizaciones sociales de la Primavera Árabe. Por otra parte, con la caída de Ben Ali y de Mubarak se extendió la percepción de que «era posible» hacer caer a los regímenes autoritarios y dictatoriales. La caída de Ben Ali y las presiones de la opinión pública internacional provocaron también un cambio de posición en los gobiernos occidentales aliados de estos regímenes, y pasaron del apoyo (e, incluso, del ofrecimiento de ayuda para reprimir a los manifestantes) a la crítica o incluso al ataque militar en el caso de Libia. Esto debilitó todavía más a las élites primarias de algunos regímenes, como en el caso egipcio o libio. Sin embargo, el apoyo internacional regresó en muchos casos a algunos de estos regímenes por distintas razones (miedo a la inestabilidad, victorias electorales islamistas, apoyo a Israel, temor a nuevos contagios...). Esto reforzó a las élites, lo que les permitió endurecer nuevamente las políticas represivas.

Por estas razones, el comportamiento de los grupos islamistas está también ligado al régimen y su estructura. Veamos tres tipos ideales de regímenes de poder, teniendo en cuenta que en el análisis nunca nos enfrentamos a modelos puros.¹⁸

El primer régimen a analizar es el que tiene élites diversificadas: aquel en el que las élites están poco concentradas y controlan recursos diversos como el Estado, el capital, las fuerzas armadas y los cuerpos de seguridad, partidos y

18 Sobre la relación entre tipos de régimen de poder y movilización social en el mundo árabe, véase Ferrán Izquierdo Brichs (2013). «El islam político y la movilización social tras las revueltas árabes. Un análisis desde la sociología del poder», *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*, 15.

grupos políticos, ideologías religiosas o nacionalistas, medios de comunicación, etc. En este caso, las élites que controlan el sistema político y dependen del Estado para acumular poder no tienen fuerza para sostener una represión dura y continuada. A medida que la movilización se haga fuerte, algunas élites se alejarán del régimen político y lo debilitarán, en ocasiones incluso enfrentándose a las élites políticas. Este es el modelo de la transición española, en la que algunas cosas podían cambiar (el régimen político) para que el proceso de acumulación de la mayoría de élites (el régimen de poder) siguiera muy parecido. Es también el modelo tunecino y el egipcio. Este es el modelo en el que las élites políticas son más débiles, pues sus recursos son reducidos y hay otras élites que compiten con ellas por acumular poder en distintas formas. No es casual que fueran Ben Ali y Mubarak los primeros en caer ante las revueltas.

Como hemos comentado, la caída de los regímenes abrió una gran oportunidad para los grupos islamistas mayoritarios, y también para algunos sectores salafíes. Al tener ya una gran influencia sobre la población, estaban muy bien situados para competir por el poder político. Sin embargo, como demuestran los dos ejemplos de Egipto y Túnez, el poder ganado en las elecciones no da el control total ni sobre el Estado ni sobre la configuración del nuevo régimen de poder ni sobre los demás actores, y menos sobre los movimientos sociales. La caída de las élites políticas del viejo régimen abre un largo periodo de competición y negociación para la configuración del nuevo régimen, y los Hermanos Musulmanes en Egipto se vieron superados por los militares, aunque inevitablemente la pugna continuará hasta la estabilización del nuevo régimen. En el caso de Túnez, los islamistas están negociando con los demás actores, aunque unos y otros intentan en lo posible marginar a los movimientos sociales que hicieron caer a Ben Ali.

El segundo modelo de régimen de poder está constituido por élites muy concentradas y los recursos que generan poder están también poco diversificados. El modelo perfecto en el mundo árabe es Arabia Saudí y los Estados rentistas. La respuesta de estos regímenes a las movilizaciones sociales es siempre muy represiva, pues las élites son fuertes y tienen capacidad para responder con toda la dureza posible. Por otra parte, tienen poca capacidad de negociación, pues la concentración de los recursos de poder no les permite hacer concesiones parciales suficientes para debilitar la movilización y desactivar los movimientos sociales. La represión total puede tener tres salidas distintas: a) el choque directo con victoria de la movilización social; b) el choque directo con derrota y finalización de la movilización social; c) el fin de la movilización social en manos de la lucha armada. Serían los casos de Siria y Libia, y en general de los regímenes rentistas productores de petróleo y gas en los que la coincidencia entre régimen de poder y régimen político es casi total, pues el control de

la mayoría de los recursos de poder pasa por el control del Estado.¹⁹ El ejemplo de Argelia a principios de los noventa, y de Libia y Siria en la actualidad son muestras indiscutibles de estas dinámicas.

En los casos de represión total y respuesta armada, la movilización popular se detiene y el movimiento social se desactiva para dejar paso a la actuación de grupos armados. En estos casos, los grupos islamistas y los militares son los mejor situados para competir por el poder. Sin embargo, a diferencia del primer modelo, los grupos islamistas armados, si se ven con capacidad para ganar poder, no estarán interesados en la construcción de un sistema de democracia representativa electoral (y evidentemente tampoco los militares). Las élites que acceden al poder con la fuerza armada no modificarán el sistema para que puedan competir otras élites o para ampliar el margen de maniobra de los movimientos sociales. Las dinámicas de militarización de los conflictos en los casos del Líbano, Argelia, Libia o Siria, en el pasado y en el presente, parecen confirmarlo, tanto si la victoria corresponde a los militares como a los grupos islamistas.²⁰

En este contexto, incluso en plena lucha contra el régimen se puede producir la competición por el poder entre los grupos de la oposición, lo que genera una enorme división entre ellos a no ser que uno sea lo bastante fuerte para dominar a los demás. La cooperación entre grupos competidores se produce normalmente solo cuando las presiones de la movilización social o las presiones exteriores les obligan a ello. Sin embargo, la lucha armada debilita o anula la movilización social, con lo que esta presión desde abajo desaparece. Así, en Siria vemos la actuación de una miríada de grupos que son incapaces de coordinarse realmente. Al mismo tiempo, vemos la competición de las élites exteriores, principalmente la saudí y la qatari, además de las potencias globales, que encuentran en Siria un nuevo espacio para enfrentarse y en vez de presionar para que los grupos de la oposición se unan lo hacen en sentido contrario.²¹

La militarización del conflicto y la competición en el seno de la oposición ha favorecido la división incluso entre los islamistas, con la aparición de grupos yihadistas radicales que han recuperado parte del discurso de los años

- 19 Sobre el Estado rentista véase Ferrán Izquierdo Brichs (2007). «Poder y Estado rentista en el mundo árabe», *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*, 2. Véanse también casos concretos de configuración de regímenes de poder concentrados en Ignacio Álvarez-Ossorio e Ignacio Gutiérrez de Terán (2009). La república hereditaria siria: el fracaso de una transición, en Ferrán Izquierdo Brichs (ed.). *Poder y regímenes en el mundo árabe contemporáneo*. Op. Cit.; Rafael Bustos y Aurèlia Mañé (2009). Argelia: estructura poscolonial de poder y reproducción de élites sin renovación, en Ferrán Izquierdo Brichs (ed.). *Poder y regímenes en el mundo árabe contemporáneo*. Op. Cit.; Eduard Soler y Luciano Zaccara (2009). Arabia Saudí: familia, religión, ejército y petróleo, en Ferrán Izquierdo Brichs (ed.). *Poder y regímenes en el mundo árabe contemporáneo*. Op. Cit.
- 20 Véanse Ferrán Izquierdo Brichs (2011). «Islam político en el siglo XXI», *Revista Cidob d'Affers Internacionals*, 93-94; Rafael Bustos (2013). El islamismo argelino: análisis de élites y recursos, en Ferrán Izquierdo Brichs (ed.). *El islam político en el Mediterráneo. Radiografía de una evolución*. Op. Cit.; Laura Feliu (2013). Islam político en Libia: elitización y vanguardia, en Ferrán Izquierdo Brichs (ed.). *El islam político en el Mediterráneo. Radiografía de una evolución*. Op. Cit.; Amaia Goenaga (2013). Líbano y el triunfo islamista en un entorno multiconfesional, en Ferrán Izquierdo Brichs (ed.). *El islam político en el Mediterráneo. Radiografía de una evolución*. Op. Cit.
- 21 International Crisis Group (2013). «Anything But Politics: The State of Syria's Political Opposition», *Middle East Report*, 146, 17 de octubre de 2013.

ochenta, o de yihadistas salafíes.²² Esta división es evidente en la mayoría de casos, desde Argelia en los noventa, hasta Libia y Siria en la actualidad. Por ejemplo, hasta extremos como el que menciona Naomí Ramírez:

El Estado islámico de Iraq y Siria (ISIS, según sus siglas en inglés) ha emitido una orden de captura vivo o muerto contra el presidente del Consejo Consultivo de los Hermanos Musulmanes sirios, Hatem al-Tabashi, porque este se había pronunciado en contra de la práctica del *takfir* (considerar a alguien infiel y por tanto «excomulgarlo») y contra la yihad en las zonas liberadas (que ISIS llama el Califato Ortodoxo, al menos las que domina). Esto ha provocado un aumento del éxodo de cuadros de los Hermanos Musulmanes sirios hacia Turquía, cuando llevaban meses instalándose en la zona. Todo esto a pesar de que los Hermanos a título personal no habían condenado de forma directa la presencia de ISIS (aunque sí algunas prácticas) y habían llamado siempre al diálogo entre las distintas facciones.²³

En Libia, aunque la violencia armada fue más breve que en Siria y el régimen de poder es muy distinto, se puede apreciar sin dificultad el mismo tipo de dinámica. La masacre de manifestantes a manos de la milicia de Misrata porque protestaban contra su presencia fue un signo evidente de las dificultades para controlar a los grupos armados. Como explicaba un periodista:

The violence underscores the inability of Libya's government to rein in the powerful militias, who formed during the revolution but have since become a law unto themselves, with the government weak and national congress divided. «I don't see how it can get better. The cause of the violence is always the same, its these militias, all of them, I don't put the finger to a particular one», said Hassan El Amin, a former Libyan dissident who fled back to Britain last year after receiving militia death threats. «Congress is disabled. I don't expect anything from congress».²⁴

La violencia favorece la radicalización de las distintas posiciones, sobre todo de aquellos que se sienten más fuertes. Laura Feliu analiza el papel de los islamistas y la importancia del control de los recursos armados e ideológicos en la lucha por el poder. La radicalización ha permitido que la *sharia* acabe teniendo un papel determinante en la configuración del futuro orden constitucional libio, por lo que la proximidad a la religión se convierte en un recurso de poder de primer

22 International Crisis Group (2012). «Tentative Jihad: Syria's Fundamentalist Opposition», *Middle East Report*, 131, 12 de octubre de 2012.

23 Naomí Ramírez Díaz (2013). «¿Yihad contra los Hermanos? ISIS y su política», en *Los Hermanos Musulmanes*, <<http://hermanosmusulmanes.wordpress.com/2013/11/01/yihad-contra-los-hermanos-isis-y-su-politica/>> [Consultado en diciembre de 2013].

24 Chris Stephen (2013). «Militia Attack on Tripoli Protesters Raises Fear of Fresh Conflict in Libya», *The Guardian*, 16 de noviembre de 2013, <<http://www.theguardian.com/world/2013/nov/16/libya-militia-attack-tripoli-fears-conflict>> [Consultado el 3 de mayo de 2014].

orden.²⁵

El tercer modelo es el régimen de poder con élites concentradas, pero recursos diversificados. En este tipo de régimen, las élites políticas tienen una gran capacidad para reprimir y lo hacen si se ven amenazadas. Pero también tienen un gran margen de maniobra, pues pueden hacer concesiones en el control de algún recurso al tiempo que mantienen el control sobre el resto de recursos. Esto les permite no perder su posición primaria. Las respuestas de estos regímenes a la movilización social acostumbran a moverse entre la represión, la cooptación de algunos dirigentes opositores y concesiones parciales que no afecten a su posición primaria en el núcleo del régimen de poder. En estos casos, a los movimientos sociales les es muy difícil mantener la movilización, pues aunque pueden conseguir victorias, estas serán parciales y al régimen le son útiles para desactivar a parte de las personas que participan en la movilización. Lo que unido a la represión se convierte en un fuerte obstáculo para el movimiento. Además, la negociación de estas pequeñas concesiones acostumbra a dividir al movimiento social y a ser una palanca para la cooptación de algunos dirigentes, lo que debilita todavía más la movilización.

El caso marroquí es un claro ejemplo de este último modelo.²⁶ La élite primaria fundamental en el régimen marroquí es el rey, rodeado de otras capas de élites, algunas muy cercanas y otras más alejadas, pero todas ellas dependientes de la casa real. Esta concentración del poder se refleja también en la legitimidad popular. La monarquía goza de un gran apoyo por parte de la mayoría la población, todo lo contrario que el *Majzen* y los políticos de los partidos que participan en el sistema.²⁷ Esto le da al rey un margen de maniobra amplio, pues puede permitir las críticas a los niveles secundarios del poder (más censuradas y reprimidas cuanto más se acercan al rey), siempre salvaguardando la línea roja de la crítica a la monarquía. Esto se reflejó en el movimiento del 20-F, que orientó sus reivindicaciones hacia la clase política, el *Majzen* y las instituciones, pero fueron muy pocos los que se atrevieron a pedir la caída del rey siguiendo el ejemplo de Ben Ali en Túnez o de Mubarak en Egipto. De hecho, la principal reivindicación política fue la de la monarquía parlamentaria «a la española», no la de la desaparición de la institución. Así, las élites secundarias, tanto políticas como del *Majzen*, constituyen un pararrayos que protege a la institución real. Al mismo tiempo, amplían

25 Laura Feliu (2013). «Reconstitución del islam político libio en un contexto de revuelta», *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*, 15.

26 Véanse Laura Feliu y María Angustias Parejo (2009). Marruecos: la reinención de un sistema autoritario, en Ferrán Izquierdo Brichs (ed.). *Poder y regímenes en el mundo árabe contemporáneo. Op. Cit.*; María Angustias Parejo (ed.) (2009). Marruecos: la reinención de un sistema autoritario, en Ferrán Izquierdo Brichs (ed.). *Poder y regímenes en el mundo árabe contemporáneo. Op. Cit.*; Laura Feliu y María Angustias Parejo (2013). «Identidad y regionalización: los actores políticos marroquíes ante la reforma constitucional de 2011», *RIPS, Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas*, 12 (2).

27 A diferencia de otros países, en general, las manifestaciones del 20-F no pidieron la caída del jefe del Estado. La mayoría de los eslóganes que pedían que se fueran personas concretas se refirieron a las élites secundarias, tanto políticas como del *Majzen*. Un compendio de los eslóganes se puede encontrar en H. Hugo Miguel Maia da Silva Pereira (2013). *Protestas sociais em Marrocos* [tesis doctoral]. Lisboa: Faculdade de Ciências Sociais e Humanas, Universidade Nova de Lisboa, 95-105.

ligeramente el campo de la libertad de expresión y de la crítica. En caso de crisis, y si la presión popular le obliga a ello, el rey también puede sacrificar a algunas de estas élites secundarias para hacer de cortafuegos a las protestas.

La casa real concentra la mayoría de recursos de poder, pero estos están diversificados. Es importante el control del Estado, tanto en su acepción más institucional como en la de estructura tradicional de poder (*Majzen*), pero también el control del gran capital, la coacción, la información y la legitimidad religiosa como comendador de los creyentes. Como decían Feliu y Parejo:

Hoy en día la monarquía domina los cuerpos de seguridad, la Administración, el poder judicial; fija las reglas del campo económico (del que extrae enormes beneficios económicos de uso privado); y controla el gobierno a través de diferentes mecanismos. Esto no significa que decida sobre todas las cuestiones, pero sí que puede hacerlo y que de hecho la monarquía muestra una voluntad de estar presente en todos los grandes temas. No existen reglas claras de cuándo y cómo lo hará, o de acuerdo a qué principios; la arbitrariedad y la falta de transparencia y de mecanismos de control se convierten en características esenciales del sistema.²⁸

La concentración del poder en la casa real no implica que esta no tenga debilidades que pueden poner en riesgo su control. La pobreza en la que vive buena parte de la población, los altos índices de paro o en distintas épocas la contestación desde sectores políticos ligados al nacionalismo, a la izquierda, al islamismo, a la reclamación de respeto de los derechos humanos y a las reclamaciones democráticas en las protestas del movimiento del 20 de febrero de 2010 (20-F) constituyen amenazas a las que la monarquía se debe enfrentar. Para ello, desde su origen, el régimen, la monarquía marroquí:

Necesita la formulación de pactos sucesivos con diferentes actores político-sociales y económicos a pesar de su predominio sobre estos. Estos pactos tienen una naturaleza desigual. A través de ellos la Corona da forma al sistema político-social, favoreciendo la ascensión de unos segmentos en detrimento de otros; legitimando determinadas políticas, y alejándose de la responsabilidad del fracaso de otras, etc. Estas alianzas han ido variando con el tiempo, y de ellas ha dependido en gran parte la configuración de las élites secundarias.²⁹

La respuesta islamista a esta fortaleza de los regímenes, como hemos visto, ha ido evolucionando hacia la moderación y la cooptación. La cooptación, a su vez, conduce a la división. En el caso marroquí los islamistas se separaron for-

28 Laura Feliu y María Angustias Parejo (2009). Marruecos: la reinención de un sistema autoritario, en Ferrán Izquierdo Brichs (ed.). *Poder y regímenes en el mundo árabe contemporáneo*. *Op. Cit.*, p. 106.

29 *Ibidem*, p. 107.

mándose dos sectores mayoritarios.³⁰ Algunas élites islamistas, a través del PJD, aceptaron el juego de competición por el poder siguiendo las normas impuestas por el rey. El grupo Justicia y Espiritualidad, por su parte, mantiene un carácter dual de movimiento social y de grupo que participa en la lucha política, aunque desde la oposición al régimen.

La reacción del régimen ante la movilización del 20-F siguió las pautas ya ensayadas en muchas otras ocasiones: represión, reformas parciales con la nueva Constitución y cooptación con concesiones limitadas que dejan el régimen intacto.

La capacidad de reacción del régimen se plasmó en la iniciativa de la reforma constitucional que lanzó el propio Mohammed VI el 9 de marzo. Como decíamos, este tipo de régimen puede hacer reformas en algún ámbito del poder, siempre que lo esencial de su control permanezca intacto. Así, no se convocaron elecciones a una asamblea constituyente y la reforma de la Constitución sería preparada por una comisión nombrada por el rey, lo que le dio un gran margen de influencia sobre la propuesta constitucional. Esto no habría sido posible si la mayoría de las élites políticas, incluidas muchas islamistas, no hubieran sido cooptadas con anterioridad por el propio régimen. La mayoría de partidos institucionales y sindicatos hicieron campaña por el sí en el referéndum de la nueva Constitución. La maniobra del régimen había funcionado y el movimiento social estaba muy debilitado. Tras el referéndum constitucional del primero de julio se convocaron elecciones parlamentarias para el 25 de noviembre de 2011, que fueron ganadas por los islamistas del PJD. La formación de un gobierno con el primer ministro islamista desactivó también al grupo Justicia y Espiritualidad, que abandonó el movimiento del 20-F porque no quiso contribuir a debilitar el gobierno liderado por los islamistas, otro signo de que la estrategia del régimen funcionó.

Conclusión

¿Ha fracasado el islamismo? Habría que distinguir entre el fracaso del islamismo y el de los islamistas. El primero implica que un proyecto ideológico no se puede llevar a cabo, y en este sentido sí podemos hablar de fracaso del islamismo con el abandono del objetivo del Estado islámico gobernado por la *sharia*. No obstante, al referirnos al fracaso no del islamismo sino de los islamistas, el análisis cambia, pues se ha producido el acceso al poder de algunas élites islamistas y, en este sentido, hay que estudiar cada caso concreto. En Turquía, por ejemplo, es difícil hablar de fracaso de los islamistas pues controlan el gobierno desde 2002, por lo que en términos de acumulación de poder su éxito es mucho mayor que el de sus contrincantes políticos. En los países árabes se han producido casos distintos, como en Egipto, Túnez o Marruecos.

30 Véanse Juan Antonio Macías-Amoretti (2013). El islam político en Marruecos: la ética islámica como recurso de poder político, en Ferrán Izquierdo Brichs (ed.). *El islam político en el Mediterráneo. Radiografía de una evolución. Op. Cit.*; Paloma González del Miño (2011). «El movimiento islamista en Marruecos entre la institucionalización y el asociacionismo», *Revista Cidob d'Afers Internacionals*, 93-94. Otro ejemplo de división es el que presenta el estudio de Ojeda sobre Mauritania: Raquel Ojeda (2013). Análisis y evolución de los grupos islamistas en Mauritania, en Ferrán Izquierdo Brichs (ed.). *El islam político en el Mediterráneo. Radiografía de una evolución. Op. Cit.*

Una vez transformados por los cambios estructurales de los años noventa que hemos analizado, los grupos islamistas en la actualidad evolucionan principalmente en función de dos dinámicas: las movilizaciones populares y la respuesta de los regímenes.

Solo estallidos de la población como en Túnez, Egipto, Yemen, Libia, Bahrein y Siria pueden conducir a cambios en un futuro inmediato. Y estos cambios pueden afectar también a los propios islamistas y a sus dirigentes en varios aspectos. Por una parte, ya se ha demostrado que tienen capacidad para subirse a la ola de las revueltas y aprovecharse de ellas. Esto implica que, al tener que posicionarse respecto a las protestas de la población, deberán alejarse de los regímenes y recuperar el espíritu reivindicativo de otros tiempos, aunque ahora las exigencias sean distintas. Y, lo más importante, los cambios provocados por las movilizaciones populares democráticas pueden permitir a algunas élites islamistas (junto con los otros dirigentes de la oposición y los restos de los regímenes) situarse entre las élites políticas primarias y competir en las elecciones como un partido islamo-demócrata conservador al estilo del AKP. Una vez las revueltas consiguen éxitos y se producen algunos cambios democratizadores, los islamistas actúan del mismo modo que lo hace la derecha conservadora y retrógrada en las democracias occidentales y se convierten en un obstáculo para la conquista de nuevos derechos y libertades.

En el caso de que las revueltas evolucionen hacia la lucha armada ante la represión total del régimen, los grupos islamistas más radicales encuentran un espacio donde actuar y los grupos islamistas mayoritarios también sufren una radicalización y se alejan de las reivindicaciones democráticas.

Sin embargo, debemos recordar que la evolución más generalizada ha sido la que conduce al pragmatismo y la aceptación de mecanismos de cooptación, lo que refuerza a los regímenes ayudando a perpetuar los sistemas autoritarios. No obstante, es obligado recordar que no están solos en este camino y que muchas otras élites han dado estos pasos con anterioridad.

BIOGRAFÍA DEL AUTOR

Ferran Izquierdo Brichs es profesor de Relaciones Internacionales en la Universitat Autònoma de Barcelona. Analista de la conflictividad en Oriente Medio, realizó su investigación de tesis doctoral sobre el conflicto por los recursos hídricos en el marco del conflicto israelo-árabe. En la actualidad, su trabajo se centra en la sociología del poder y el análisis del mundo árabe. Ha publicado numerosos artículos sobre estas cuestiones en revistas especializadas y recientemente los libros: *El islam político en el Mediterráneo. Radiografía de una evolución* (2013); *Political Regimes in the Arab World* (2012); *Breve introducción al conflicto palestino-israelí* (2011); *Poder y regímenes en el mundo árabe contemporáneo* (2009); *Poder y felicidad. Una propuesta de sociología del poder* (2008); Ignacio Álvarez-Ossorio y Ferran Izquierdo Brichs, *¿Por qué ha fracasado la paz? Claves para entender el conflicto palestino-israelí* (2007).

RESUMEN

El islam político ha sufrido una gran evolución desde unos años ochenta marcados por su defensa de la creación de un Estado islámico regido por la *sharia*. Esta evolución está culminando con la Primavera Árabe. Las revueltas no fueron protagonizadas por los grupos islamistas, pero estos han sido los más favorecidos, pues son las fuerzas mejor preparadas para ganar en los procesos electorales. Esto ha provocado fuertes tensiones con los jóvenes protagonistas de las protestas que demandaban libertad. No obstante, los partidos islamistas en la actualidad están muy lejos de la radicalidad de los años ochenta y primeros noventa. Los grupos islamistas mayoritarios se han moderado y en muchos casos defienden los sistemas de democracia parlamentaria representativa pues ven en ellos la mejor, sino única, forma de llegar al poder.

PALABRAS CLAVE

Islamismo, democracia, revueltas árabes, transición política, Oriente Medio, norte de África.

ABSTRACT

Political Islam has undergone a major evolution since the 1980s, defined by its defence of the creation of an Islamic State governed by the *sharia*. This evolution culminated in the Arab Spring. Although the protests were not lead by Islamist groups, they have benefitted the most given that they are the best-equipped forces to win the election processes. This has given rise to significant tensions with young protagonists in the protests demanding freedom; nevertheless, the current Islamist parties are a long way from the radicalism of the 1980s and beginning of the 1990s. The majority Islamist groups have moderated themselves and in many instances stand by the representative democratic parliamentary systems, seeing them as the best, if not the only, way to reach power.

KEYWORDS

Islamism, democracy, Arab protests, political transition, the Middle East, North Africa.

الملخص

خضع الإسلام السياسي لتطور هائل منذ عقد الثمانينات الذي تميز حينها بدفاع هذا الأخير عن إرساء دولة إسلامية تطبق فيها الشريعة، و هو التطور الذي بدأ يتوج الآن بحدوث الربيع العربي. لم تقد المجموعات الإسلامية الإنتفاضة الشعبية، لكنها كانت أكثر من إستفاد منها لأنها كانت الأكثر إستعدادا للفوز بالعملية الإنتخابية، مما أدى إلى صراعات حادة مع الشباب التي قاد الإحتجاجات المطالبة بالحرية. وبالرغم من ذلك، تجدر الإشارة إلى أن الأحزاب الإسلامية قد أصبحت، في الوقت الراهن، بعيدة أشد البعد عن التطرف الذي ميزها في الثمانينات و بداية التسعينات من القرن الماضي. إذ عرفت الجماعات الإسلامية الوازنة تحولاً نحو الاعتدال، و هي تدافع في كثير من الحالات عن أنظمة الديمقراطية التمثيلية البرلمانية لأنها تجد فيها أفضل وسيلة، إن لم تكن الوحيدة، للوصول إلى الحكم.

الكلمات المفتاحية

الحركات الإسلامية، الديمقراطية، الإنتفاضات العربية، الإنتقال الديمقراطي، الشرق الأوسط و شمال إفريقيا.